

tan visiblemente en nuestras costumbres; y la capital del reino, el pueblo que por sus medios y circunstancias debia dar la señal de los adelantos sociales, era, por decirlo asi, el ejemplo mas práctico de aquella incuria, de aquel abandono.

Una gran calamidad suele á veces ser causa de un progreso, porque los hombres en los momentos críticos de la desgracia vuelven los ojos del lado de la virtud y de los sólidos principios con mas entusiasmo y fervor que cuando se hallan lisonjeados por la fortuna. La destructora guerra con la Gran Bretaña en 1799, y la indignancia á que dió lugar con la paralización del comercio y de la industria, fue ocasion en la populosa Barcelona á un establecimiento filantrópico que por su importancia y régimen puede competir con los mas celebrados en el extranjero; tal es la *Casa de Caridad*, que tiene por objeto recoger no solo á los mendigos de aquella ciudad, sino á los de todo el principado, proporcionando educacion á los jóvenes, ocupación á los adultos, y la posible comodidad á los ancianos é impedidos. Un desastre semejante produjo en Madrid un resultado análogo, pudiendo asegurarse que á pesar de todos los planes y proyectos concebidos, nunca hubiera llegado á plantearse el *Asilo de mendicidad de san Bernardino* sin el desarrollo del funesto cólera morbo en nuestra capital.

La real orden de su creacion lleva la fecha de

3 de agosto de 1834, en aquellos críticos momentos en que atribulada la capital por el terrible azote con que el cielo quisiera probarla, se hallaba mas que nunca dispuesta á ejercer la beneficencia con sus semejantes, y en que las consecuencias palpables de la miseria y de la relajacion de las costumbres hicieron parar la atencion del gobierno sobre la imperiosa necesidad de mejorarlas.

Reuniéronse por fortuna para dar cumplimiento á sus intenciones cuantas circunstancias ventajosas pudieran apetecerse. Un vecindario sensato y filantrópico; una junta de caridad celosa y distinguida; una autoridad local, en fin, ilustrada, enérgica, y ante cuya firme decision y voluntad desaparecian como por encanto los obstáculos que hasta entonces se creyeron insuperables; y lo que acaso no tiene ejemplo en nuestra España, á poco mas de un mes de dada la orden, empezó á recibir su cumplimiento. El 18 de setiembre de aquel año fue el dia en que entraron los mendigos en el nuevo establecimiento.

Yo no le habia visitado desde aquella primera época, y no sabia de su estado actual mas que las ligeras indicaciones que de tiempo en tiempo han publicado los periódicos. Por desgracia, la situacion de aquel edificio (si bien ventajosa bajo otro aspecto) es tan fuera del cotidiano itinerario matritense, que solo una intencion decidida puede aproximar á él. Esta intencion es la que yo

formé el viernes último, y aun hice mas, pues la llevé á cabo.

Ya habia salvado el espacio que media entre el portillo de san Bernardino y la cuesta de Harineros, y seguia lentamente la tapia de la estéril montaña del Príncipe Pio, sin que persona alguna viniese á interrumpir la soledad del sitio y el monótono espectáculo que me presentaba. Sin embargo, no tardé en sentir pasos á mi espalda, y volviendo á contemplar quién era el impulsado por la misma intencion que á mí me dirigia, observé que su traje y atavíos me revelaban uno de los acogidos al establecimiento que yo iba á visitar. Paréceme que le estoy viendo todavía con su blusa azul, su sombrero encerado en que campeaba el número 710, su soga encendida en la mano (recurso de fumadores callejeros), y su cepillo al cinto para recoger las limosnas ó gratificaciones por aquel servicio.

Su aspecto era mesurado y tranquilo; su semblante espresivo y alegre, y su voz, ya cansada por el transcurso de diez lustros, dejaba escapar por lo bajo una de las canciones favoritas de la guerra de la independencia

*“Dupont, terror del Norte,
fue vencido en Bailen.”*

Al ir á pasar delante de mí, se quitó su sombrero con cortesía y dignidad, y yo, deseoso de entablar conversacion durante el camino, pedíle

candela, que me ofreció con voluntad y prontitud.

A muy pocas palabras que habíamos hablado, eché de ver que las había con uno de los decanos del establecimiento, que por su honradez é inteligencia se hallaba en el goce de la confianza de los gefes, que sabia todas las interioridades de la casa, y era en ella una rueda indispensable y laboriosa. Dejo pensar al pio lector la conveniencia de semejante hallazgo para quien como yo no llevaba al *Asilo* mas objeto que el enterarse de todos sus pormenores.

El diálogo que en su consecuencia entablamos figuraría oportunamente en este lugar si su demasiada prolijidad lo permitiese. Quisiera sin embargo poner en conocimiento de mis lectores de lo mas sustancial de él, para que formasen la idea que yo concebí del establecimiento, razon por la que me veo obligado á estampar aqui las mas notables de sus indicaciones, que la memoria ha logrado conservar.

Despues de contarme por menor la historia de la creacion del *Asilo* y las inmensas dificultades que hubo que vencer, vino á hablarme de su régimen interior, produciéndose poco mas ó menos en estos términos:

— El establecimiento admite todas las personas que se presentan voluntariamente, y recoge todos los mendigos á quienes se encuentran pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellas que llevan siete años de

residencia en Madrid, y los niños de seis años de edad. Si no tuviesen estas circunstancias se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega el pasaporte para los pueblos de su naturaleza.

Una vez entrado el mendigo y anotado en los registros de la casa, es destinado á una de las *brigadas* segun su secso y condicion, y recibe el vestido y número correspondiente.

Las brigadas se subdividen en *escuadras* de diez á quince personas, procurando que sean las de un mismo oficio ó de ocupaciones análogas. Los gefes cabos de brigada son escogidos entre los individuos que tienen mejor conducta.

Cada individuo recibe á su entrada una *libreta* ó asiento en que se anota los vestidos y prendas que lleva al establecimiento, y los ahorros que produzca con su jornal, asi como los descuentos que se le hagan por sus faltas.

Las horas de levantarse son las cuatro y media en verano, y las seis y media en invierno, y una hora despues se entra al trabajo hasta las doce, y luego por la tarde hasta el anochecer, recojiéndose despues. Los dias festivos se emplean en la enseñanza de la religion, en revista de las ropas, en paseos y lecturas.

Los niños y niñas asisten á la escuela del establecimiento. Ademas se les dedica de aprendices en los talleres.

Los mendigos hábiles asisten á los talleres es-

tablecidos en la casa segun su inclinacion ú oficio anterior, ganando en ellos ademas de la manutencion un pequeño jornal, que una parte se les entrega cada semana, y la otra parte se les abona en *libreta* para cuando salgan del Asilo. Lo mismo sucede cuando salen á trabajar ó servir fuera del establecimiento. En el dia hay operarios que tienen en depósito de 300 á 700 rs.

Los pobres ademas de este trabajo prestan todo el servicio interior de la casa, como el de cuarteros, porteros, cocineros, barberos, lavanderas, barrenderos y hortelanos.

El servicio exterior consiste en conducir los enfermos al hospital, dar lumbre para fumar en calles y paseos, cuidar las sillas de las iglesias, y asistir á los funerales á que sean invitados, y cualquiera otro servicio que se les reclame fuera del establecimiento.

Las penas por faltas son: privacion de todo ó parte del jornal ó de una parte del alimento, recargo del trabajo, é imposicion de multas y encierros.

Las recompensas son: mencion honorífica en la lista general, permiso de salida, destino al servicio menos penoso, ascenso á gefe de brigada, y alguna recompensa pecuniaria.

El traje de la casa consiste en chaqueta y pantalon de paño pardo con botones blancos con el nombre del establecimiento, dos pantalones de lienzo, tres camisas id., un sombrero encerado,

una gorra para dentro de casa, un par de zapatos, dos pañuelos, una blusa azul y un cinturón. Las mugeres un jubon y saya de estameña con escudo del establecimiento al brazo, dos sayas bajas, tres camisas, un apretador, dos pares de medias, dos pañuelos del cuello, dos de cabeza y dos de bolsillo, dos delantales, un par de zapatos, dos paños. Las camas de la casa constan de un tablado, un gergón, una almohada, una funda, un par de sábanas y una manta.

El alimento consiste en lo siguiente. *Almuerzo*: Un cuarteron de pan en sopa condimentada con aceite, sal, ajos y pimienta. *Comida*: Un potage de menestras y patatas, condimentado con cabezas de carnero ó grasas de animales, y aceite en dias de vigilia, y media libra de pan. *Cena*: Un potage de menestras y patatas, y un cuarteron de pan. Todo esto suele alterarse en ocasiones extraordinarias. —

El número de pobres acogidos hoy en la casa es de 744 personas, á saber: 193 hombres, 179 mugeres, 279 niños y 96 niñas, y fuera 103 personas en el hospital, 250 sirviendo en Madrid, y 12 aprendices con varios maestros de oficio. Los talleres corrientes son carpintería, ebanistería, pintura, zapatería, sastrería, carretería, fragua, costura, espartería y albañilería, además de los trabajos de la casa ya indicados. —

Tales fueron en resumen las oportunas esplicaciones del viejo *Tomas* (que así se llamaba mi

interlocutor), y con ellas entretuvimos curiosamente el tiempo hasta llegar á la puerta del establecimiento, donde conocida mi idea por los caballeros encargados de su direccion, tuvieron la bondad de acompañarme en mi visita, satisfaciendo en todas sus partes mi ecsigente curiosidad.

Desde luego hubieron de llamar mi atencion los notables aumentos y mejoras del edificio que han logrado disimular en gran parte su pequeñez y deformidad. El nuevo patio de entrada y las habitaciones de ambos lados estan dispuestos con inteligencia y sencillez. Los dos hermosos comedores que se encuentran á la derecha son notables por su espaciosidad, escelentes luces y la feliz idea de la cocina circular que les divide, dispuesta con un mecanismo ingenioso. Las oficinas de la izquierda, portería, almacenes, talleres, botica, barbería, son todas cómodas, aseadas y sencillas. Entrando en lo principal de la casa-convento, se observa en ella la oportunidad de la distribucion á pesar de la poca analogía del edificio con su actual objeto, siendo de notar la espaciosidad y aseo de los dormitorios, la limpieza de los tránsitos, la abundancia de aguas repartidas por toda la casa, y sobre todo un principio general de economía é inteligencia poco comun en nuestros establecimientos públicos, donde suele pasarse desde la miseria mas completa á un fausto y primor ecsagerados.

El establecimiento de san Bernardino, á pe-

sar de su inmensa utilidad é importancia, no contó para su creacion con aquellos cuantiosos recursos que otras casas de beneficencia. Sin embargo no solo se creó y sostuvo hasta el dia el gasto corriente, sino que ha emprendido obras indispensables, cuyo coste pasa ya en el dia de 400⁰ reales. Compárese este resultado con el que ofrecen en esta misma capital otros institutos benéficos que, á pesar de disfrutar cuantiosas rentas, permanecen estacionarios sin progresar en lo mas mínimo, y en los mas de ellos sin cumplir siquiera con el objeto de sus fundadores y donatarios.

Feliz fue por extremo la idea de apelar á la caridad individual del vecindario de Madrid, y mas feliz aun la de reducir esta caridad á la moderada cuota personal de una *peseta* al mes. Semejante regla, limitando los efímeros impulsos del orgullo, alienta y asegura los mas sólidos de la verdadera caridad.

Sin embargo, y á pesar de haber correspondido el resultado, el producto solo de la suscripcion no basta para las necesidades de aquel vasto establecimiento, como puede demostrarse numéricamente. El mácsimun que la suscripcion llegó á alcanzar fue 37⁰ reales al mes; pero en el dia en razon de las escaseces generales, atrasos de pagas &c., solo se puede calcular en 29⁰. Cuenta ademas el establecimiento por ingresos eventuales con unos 4⁰ reales mensuales por producto

de limosnas, candela, sillas y venta de efectos fabricados en el mismo, lo cual ofrece un total de 330 reales poco mas ó menos. La manutencion solo de los acogidos ascendió en el mes de junio último á 34,766 reales: ademas hay que atender á los demas gastos, pagos de sueldos, obras y compra de materiales, siendo por lo tanto considerable el déficit que tiene que cubrirse por medio de préstamos.

La economía sin embargo no puede llevarse mas adelante, segun se ve por el dicho gasto del mes de junio, pues habiendo habido en él por término medio 750 personas diarias, arroja un resultado de *un real y 18 maravedises por persona*, gasto sobradamente económico, atendido á que el establecimiento no disfruta ninguna franquicia, y hasta los derechos de puertas abona mensualmente á la intendencia de la provincia.

Vése por lo tanto la situacion precaria de un establecimiento tan importante, al paso que su utilidad le hace ya tan indispensable, que si desapareciera sería una calamidad para la capital. Ademas, y en tanto que sus productos han rebajado, han aumentado notablemente sus necesidades por las escaseces del dia, el crédito de la casa, y la supresion de los socorros que dispensaban las comunidades estinguidas; de esta manera ha crecido considerablemente el número de los acogidos, tanto que en el año pasado por igual época no se contaba mas que con 530 personas,

y en el actual ya queda dicho que llega á 744.

El pueblo de Madrid ha hecho por su parte cuanto tenia derecho á ecsigirle un establecimiento semejante. Este sin embargo necesita mayor proteccion, y debe recibirla del gobierno, que considerando su importancia en las costumbres y la riqueza pública, debe tratar de aplicarle los fondos suficientes refundiendo en él las rentas de otros institutos análogos en esta capital.

Muchas observaciones morales me ocurrieron durante mi larga visita é inspeccion de aquella casa. El silencio y compostura de los acogidos, su buen humor y aspecto saludable, convencen al espectador de que el trabajo es solo capaz de infundir en el hombre aquella tranquilidad y bienestar tan análogo á la especie civilizada. El aseo y limpieza de las habitaciones, la cortesía de los encargados, desde el administrador en jefe hasta el último dependiente, la belleza de los productos artísticos elaborados en el establecimiento, la inteligencia y armonía en todas sus partes, me llenaron de placer y de entusiasmo.

A varios de los pobres dirigí la palabra, y todos me convencieron de la importancia y moralidad de la institucion. Por boca del buen *Tomas*, que no se apartó un punto de mi lado, supe la historia de varios de ellos, historia de desgracias y de debilidades. Él me hizo observar el obstáculo progresivo que la edad y el hábito arraigado oponian á la reforma de las costumbres. En gene-

ral, los niños presentaban como es consiguiente mayor facilidad que los adultos, los hombres mayor que las mugeres, y los que en la sociedad ejercieron algun oficio, mas que los que siempre se ocuparon en la vagancia y pordioseo. Entre los mismos oficios habia una notable diferencia; por ejemplo, observé que los sastres y carpinteros eran pocos en número y ya viejos, y muchos mas y mas jóvenes los albañiles y zapateros. Esto me inclinó en favor de los primeros, como que solo recurren al estado de mendicidad cuando las fuerzas físicas llegan á abandonarles.

Mi conductor Tomas, entre tanto me habia hecho saber su vida, llena de desgracias no merecidas. Habia sido soldado diez años, y tenia su cuerpo lleno de honrosas cicatrices. La injusticia de los gobiernos le habia abandonado despues cuando ya no era apto para aprender un oficio. Tuvo varios amos, que todos se portaron con él harto mal; y de una en otra desdicha vino á tener que pedir su auxilio á este establecimiento, donde su honrada conducta le hacia ofrecer un modelo á sus compañeros, atrayéndole cargos honoríficos y premios que le aseguraban en la caja de ahorros un resultado de 600 reales.

Varias veces su narracion me hizo asomar las lágrimas, y otras tantas las suyas me dieron bien á conocer la lealtad de su corazon.

La desgracia vino sin embargo en aquel momento á turbar la felicidad de Tomas. Al bajar

las escaleras vimos conducir al calabozo á un mendigo de siniestro aspecto, cogido en una taberna de esta poblacion. Largo tiempo habia burlado la vigilancia de los encargados de recogerle, y otro tanto á favor de sus estafas era el azote de los vecinos honrados y el apoyo de los malhechores del pueblo. Su vida era un tejido de crímenes; desertor de casa de sus padres, desertor de su regimiento, insubordinado y vagamundo, unas veces abiertamente bandolero, otras ratero petardista, holgazan y borracho, este hombre dejaba ver en su aspecto toda la deformidad del vicio, todo el temor del trabajo y del castigo. Tomas sin embargo corrió á abrazarle, á pesar de que él le repulsaba. — “Ya estás aquí, Dios sea bendito;” exclamó. — Este hombre tan opuesto en ideas y en antecedentes era su hermano. La desgracia y el vicio suelen encontrarse en el mismo sitio, aunque partidas de diverso punto. La desgracia sin embargo halla descanso en el trabajo y la tranquilidad de la conciencia: el vicio encuentra en ambos un suplicio prolongado.

Despues de abandonar aquel triste espectáculo, Tomas y yo nos dirigimos á la huerta, y encaminándome aquel por entre sus estrechas sendas, dimos vista á un templete formado de ramages, y con una sencilla portada compuesta de adornos rústicos de las artes y oficios. Delante de esta portada se paró mi conductor, y quitándose respetuosamente el sombrero, me señaló á un bus-

to que se alzaba en el interior del templete diciéndome entusiasmado:—“Mirad ahí el protector de los infelices.”—Este dictado que le dió el honrado Tomas me recordó la idea del ilustre promovedor del establecimiento (1), si antes no lo hubiera adivinado por la sencilla inscripcion que se leía al pie de su busto: “*Gratitud y aprecio.*”

Antes de despedirme de aquella mansion me presentaron un *Album* donde todos los visitantes solian escribir sus observaciones: recorriendo estas, encontré algunas muy dignas de atencion y firmadas por las personas mas respetables de Madrid. Por último tropecé con una, consignada por mi amigo don M. R. de T., que por su elegante frase y sublime sentido, escitó de tal modo mi simpatía que la tomé en la memoria para repetirla al final de este artículo. Decia asi: “No envidio á los que ven con indiferencia las desgracias ajenas, contentos con su propia felicidad; y agradezco al cielo el haberme dado un corazon que se identifica con las dolencias de mis semejantes, y sino puede remediarlas, al menos las llora. ¡Feliz el que puede y sabe no hacer estériles sus lágrimas como el digno protector de este establecimiento! Su nombre será mas grato á los hombres sensibles que el de los guerreros y el de los sabios.”

(1) Don Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Pontejos y corregidor de Madrid.

El salon de Oriente.



Abrióse, en fin, *el Salon de Oriente*, este hermoso paréntesis entre la guerra civil y los empréstitos forzosos, entre la falta de pagas y los dabates parlamentarios, entre el palacio y el Espíritu Santo, entre la aristocracia y la democracia, entre la edad pasada y las futuras edades, entre la miseria y la opulencia, entre los antiguos amores y los amores nuevos, entre las harturas de navidad y las abstinencias de la cuaresma, entre los desengaños de 1836 y las esperanzas de 1837.

Abrióse, en fin, absorviendo en su bullicioso seno la política, los triunfos militares, los reverses parlamentarios, los discursos periodísticos, las felicitaciones, la oposicion, los planes de campaña, los presupuestos, las pretensiones, las relaciones, en fin, las enemistades y desvaríos de un pueblo grande, en cuya marcha tienen fija la vista los demas pueblos, y que en este momento se entrega apaciblemente á las gratas combinaciones de la *mazzourka*...

Justo es pues que dando al tiempo lo que es suyo sigamos el impulso general y abandonemos

tambien por un momento los modestos objetos á que ordinariamente nos dedicamos para tratar del ídolo del dia, que olvidemos las ciencias y la literatura por la máscara y el dominó, las narraciones históricas por el ruido de las músicas y la danza, y los monumentos de la antigüedad por el moderno Salon oriental.

Nuestras fuerzas, sin embargo, nos abandonan cuando queremos penetrar en aquel complicado laberinto, y pretendemos traducir las páginas de un libro que á medida que la edad va emblanqueciéndonos nuestros cabellos, se nos hace menos inteligible y espresivo. Colocados en medio del Salon veíamos indiferentes y con aire de estupidez el rápido movimiento, los encontrados giros de moros y valencianas, de beatas y dominós, de arlequines y capuchones. — Para nosotros todos aquellos encuentros eran *casuales*, todas aquellas separaciones *imprevistas*. Semejantes al que mira jugar sin entender el juego, parecíanos á veces que tal jugador debia *triunfar* cuando *renunciaba*, que tal otro debia *pasar* cuando tenia un *estuche*. Aplaudíamos sin oportunidad, reíamos fuera de tiempo, y dábamos la vuelta por el salon para abrogarnos el aspecto de antiguos conocidos, y el Salon nos respondia con la mas profunda indiferencia. De aqui vinimos á sacar una gran verdad, y es que el año de 1837 no era el de 1830, que nuestra época habia pasado, que otra generacion nos habia sucedido, y que tranquilamente

y sin apercibirlo nos hallábamos ya colocados entre los desperdicios de la clásica antigüedad.

Resignados con nuestra suerte íbamos á retirarnos sin osar penetrar en los arcanos de aquel interesante cuadro, cuando quiso la fortuna darnos el mas oportuno instrumento para dibujar hasta una forma microscópica todos los detalles y matices de aquella escena, un completo diccionario de aquellas simbólicas páginas, una brújula, en fin, segura, para navegar con acierto en aquel agitado mar.

Consistia, pues, nuestro feliz encuentro en una de esas muchachas chiquitas, *estereotípicas* y de *faldriquera*, que se reproducen en todas partes y á todas horas como una edicion completa á mil ejemplares; que en invierno solemos hallar en el Prado tomando el sol, y en verano tomando la luna; que en febrero engañan con máscara de alegría, y en marzo con máscara de devocion; que en abril asisten á las tinieblas, y en mayo á la pradera de san Isidro á ver salir el sol; que en junio pasean la carrera del Corpus, y en julio la de la plaza de los toros; que en agosto se bañan en todos los establecimientos posibles, y en setiembre ya estan puestas en feria en la calle de Alcalá; que en octubre miran los cuadros de la academia, y en noviembre los epitafios del campo santo; que en diciembre frecuentan los dulces de la plaza, y en enero los patines del Retiro, y que en *todos* los meses, en *todos* los dias, en *to-*

das las noches, llenan *todas* las calles, *todas* las tiendas, *todas* las iglesias, *todas* las tertulias, *todas* las procesiones, *todos* los circos, *todas* las romerías, *todos* los teatros, *todas* las misas de tropa, *todos* los entierros, *todas* las revistas, *todas* las entradas triunfales y *todas* las asonadas; desde la puerta de Toledo hasta el jardín de Apolo; desde la plaza de toros á la casa de Campo; muchachas, en fin, polipos, azogadas, imánicas, verdaderos *Kaleidoscopios* multiformes, reproducciones fantásticas, y resolucion práctica del problema del movimiento continuo.

Esta muchacha, viva, corretona y sulfúrica, era como si dijéramos una segunda edicion corregida y aumentada de cierta mamá verde, en plena posesion de sus treinta y ocho carnales y de sus veinte y cuatro reales de Monte pio, y viuda con quien yo habia simpatizado bastante en mis años juveniles.

El lector me perdonará si me veo precisado á hacer aqui esta ligera revelacion, pues no puedo de otro modo esplicar la franqueza con que la niña, atravesando el Salon, vino flechada á encontrarme á uno de sus ángulos, donde á guisa de estatua de rinconera me hallaba entretenido con mis pensamientos, falto de mejor ocupacion.

— ¿Qué hace usted ahí? (me dijo mi amable interlocutora con una voz que penetró en mis oidos, como un recuerdo de mis alegres años, cual un viento de primavera en una tarde caní-

cular.) — ¿Qué tengo de hacer? respondí procurando poetizar un si es no es mi discurso; estaba contando las luces del Salon, pero en este momento echo de ver que habia errado la cuenta, pues no habia visto las dos que ahora me iluminan — ¡Bah, bah! ¡lindo retruécano! ¡gusto clásico! por esas señas, si usted trata de darnos la estadística del Salon, escribirá que tiene *cuatro mil pies*, si es que son dos mil los concurrentes.

Un si es no es me desconcertó la respuesta por la parte que ridiculizaba mi concepto, pero no pude menos de confesar que tenia razon, y se la dí, y el brazo para conducirme hasta el otro extremo del Salon, donde á la sazón se hallaba la viuda madre verificando, por lo que pude sospechar, la conversion de un Sarraceno á su creencia.

En peor ocasion no podriamos llegar á la presencia maternal. — Esta voz *mamá*, dirigida por una muchacha de quince años á una vestal, delante de un moro adorador de su *cándida inocencia*, era una verdadera interpelacion ecsótica, grosera, y como lo son las mas de las interpelaciones; por otro lado mi presencia al lado de la hija venia á ser un discurso entero de oposicion; era un drama completo, unas *memorias autógrafas* en cuatro tomos. — La sacerdotisa de Vesta se encontró, pues, tan desconcertada como un ministro tribunizado, ó como un jugador de manos á quien

hayan acertado la trampa; pero acordándose luego de sus treinta y ocho, nos dijo con entera seguridad: —“Tu mamá ha cambiado de trage conmigo; yo la he dado mi pasiega y ella me ha dado su vestal.”

Y hétenos aquí, lector carísimo, buscando un zagalejo amarillo por aquellos salones, corredores y escaleras, y preguntando á todos por una pasiega que primero habia sido vestal.

Pero en vano; todas las vestales se ofendian de que las tomásemos por pasiegas, y ninguna pasiega estaba tampoco conforme en parecernos vestal.

Durante esta larga travesía, que para mi volátil pareja no fue sino un breve episodio, vino á revelarse en mí la accion principal de aquella noche. Y sino temiera abusar de la paciencia de mis lectores, daríales cuenta de las observaciones crítico-filosóficas que la inteligencia de aquella me proporcionaba; espondríales *d'après nature* todas las escenas antes mudas á mis ojos y ahora tan espresivas y significantes auxiliado por el natural instinto de mi compañera. Ella reía, burlaba, preguntaba, respondia, observaba, y hacia, en fin, lo mismo que en ocasiones semejantes solia yo hacer algunos años antes; mi imaginacion iba colgada de mi brazo; mi cabeza descansaba en la mas profunda inaccion; el Príncipe, Solís, Trastamara, san Bernardino, Abrantes, santa Catalina, todos los sitios fecundos en sucesos que

para mí venian á ser ya otros tantos acusadores de mis años, otras tantas guias atrasadas, otros tantos laureles marchitos, reproducíanse á mi vista con todos sus encantos y frescura: placíame en recorrer con aquel misterioso talisman el magnífico Salon, y vivificado con su fuego veía renovado en mí aquel sentimiento bullicioso, maligno y juvenil que algunas horas antes creía estinguido para siempre; ya no me parecia el baile monótono, confuso y desacordado; ya no hallaba á la concurrencia fatigada, displicente y distraida; todo en mi imaginacion habia recibido un nuevo sentimiento; la agitacion y el movimiento eran entonces condiciones de mi ecsistencia: el ruido y el continuo roce, el resplandor de las luces, los vapores de la atmósfera obraban fuertemente en mis sentidos; necesitaba ya como antiguamente correr del Salon á la fonda, de los tocadores á las piezas de descanso, de la tribuna á la sala de jugar, y aquel continuo vagar, por tránsitos y escaleras, y preguntar á todos y no responder á ninguno, y respetar los misteriosos coloquios de los ángulos de las salas, y evitar las banquetas donde tienen su asiento las mamás *inamovibles* y *sólidas*, y embrollar al paso alguna pareja dichosa, y servir de punto de conciliacion de las nuevas intrigas en agraz.

No sé cómo esplicarlo, pero aquella muchacha habia cambiado mi ecsistencia, habia hecho retroceder mi edad. Ya no habia para mí Orien-

te, ni observaciones, ni 1837 — habia únicamente amor, máscaras y 1830.

A imitacion de mi cabeza mis piernas tambien se hallaban aligeradas, y luego ¿quién no vuela con el ausilio de un serafin? No hubo mas, sino que al ruido de la música vínome á la memoria el olvidado compas, y creyéndome el genio de aquella Silfide, improvisé desde luego una *galope* instintiva, espontánea, aérea, que... mas ¡oh dolor! mis pies entumecidos largos años se rehusan al movimiento... mi pareja sigue la figura en los móviles brazos de un barbudo galan, y... ¡ay de mí! ¿qué es esto...? las luces... se apagan las luces... la gente desaparece... el ruido se convierte en silencio... y... se abre una puerta... alguien me toca — ¿eres tú, divina criatura...? ¿qué es esto? ¿quién me mueve...? — *Señur... las ochu en puntu...* — ¡Ah, maldito gallego! —

¡Desapareció la ilusion! Todo se esplica. — El Salon era mi alcoba; el que entraba á llamarme mi gallego; el baile un sueño, y mi amable pareja, aérea, incorpórea, impalpable... era, en fin, mi imaginacion, que no quiere aun renunciar á la juventud.



El primer día en París.



Para un espíritu observador, para una imaginación viva, para un ánimo escaltado por el deseo de conocer y comparar los hombres y las cosas, no hay duda alguna que el día de la llegada á París es uno de aquellos acontecimientos solemnes, de aquellas sensaciones profundas que ó no se borran jamas, ó dejan honda huella en el corazón y en los sentidos.

Yo llegaba á París por *Charenton* (1), así como otros van á *Charenton* desde París. Había salido aquella mañana de la linda ciudad de *Melum*, y deseoso de saborear detenidamente todos los objetos que me ofrecieran las inmediaciones de la gran capital, había abandonado la diligencia y tomado una carretela con otro compañero de viaje también jóven, también extranjero y también como yo deseoso de gozar. Ignoro si á él le sucedería lo que á mí, ni sé si pensaría en *Viena*, su patria; por mi parte no podía apartar la memoria de la mía, y estableciendo una relación mental entre el punto de mi partida y el de mi

(1) En esta villa hay un célebre hospital de locos.

llegada, contemplaba el Manzanares desde el *Senna*, el cerro de los Angeles desde las alturas de *Montmartre*, y los puentes de Segovia y de Toledo desde los de *Jena* y *Austerlitz*. Y todavía no eran estas las comparaciones mas desventajosas; pero cuando veía desplegarse á mis pies aquellas ricas y frondosas campiñas, cuando contemplaba los caminos cuidadosamente enlosados y acotados por dobles filas de hermosos árboles, cuando en vano pretendia enumerar la multitud inmensa de las casas de campo (*chateaux*), paradores (*hotels*), fondillas (*restaurateurs*), y caseríos no interrumpidos durante algunas leguas, y que á cada paso me hacian avanzar en la idea que formaba de la capital que iba á conocer, cuando esta se desplegó á mi vista en toda su estension, y me representó positivamente las cúpulas del Panteon y de los Inválidos, las torres de nuestra Señora, de San Sulpicio y de las Tullerías; aquellos palacios, en fin, aquellos templos que ya de antemano tenia yo tan impresos en mi idea; cuando en fin comparé todo este magestuoso espectáculo con el triste y monótono que tantas veces habia contemplado en los alrededores de nuestro Madrid, no pude menos de dejar escapar un suspiro, que bien rápidamente debió atravesar las trescientas leguas que me separaban de este.

Ya habiamos pasado el puente de Charenton, y yo, contando cuidadosamente los pasos que me acercaban á la capital, habia preguntado al con-

ductor cuánto nos faltaba aun para esta. — Dos leguas, me contestó. — Pero la serie de casas de uno y otro lado no concluía, antes bien de bajas y sencillas iban tomando formas mas magestuosas y elegantes; ya se dividian en calles traviesas y de una prolongada estension; ya daban lugar á plazas regularmente formadas; ya la multitud de carruages de todas las formas conocidas, de tra-gineros, de paseantes, iba aumentando prodigio-samente; ya veía desplegarse á mi vista un pro-digioso número de tiendas, almacenes, cafés... y sin embargo París no parecia. — Conductor, ¿cuán-to nos falta aun para llegar? — ¿Adónde? — A París. — Hace hora y media que estamos en él. — Pues ¿cómo? ¿desde cuándo? — Desde Cha-renton. — ¿Pues no habia dos leguas? — Sí señor, pero son contadas desde la plaza de nuestra Se-ñora, punto general para todos los caminos de la Francia.

— ¡Con que esto es París! ¡dos leguas! ¡por cierto que es bien grande! ¡Y en verdad que de-bia haberlo adivinado, porque estas calles inter-minables, estos altísimos edificios, este bullicio de pueblo, no eran cosas que podian encontrarse en cualquier parte. — Pero señor, adónde vamos á parar? Dos horas hace que andamos, y aun no hemos llegado al punto de parada; y eso que va-mos en pies agenos: ¡cielos! qué será cuando ten-ga que franquear estas distancias con los mios...! ¡Qué tristeza...! esto será vivir solo en medio de

la multitud. Esta sentida reflexión es terrible, y sin embargo es la primera que asalta á un extranjero.

Por lo demas (continuaba yo mi monólogo mental), ¡qué feo es París! ¡qué calles tan sucias y oscuras! ¡qué casas tan negras! ¡qué monotonía, qué pesadez de edificios! ¡Dónde estás, alegre y hermosísima calle de Alcalá con tu arco de triunfo, y tus árboles, y tu Retiro, y tu Prado, y tus fuentes, y tu Aduana, y tus casas blancas, y tu cielo azul, puro y brillante? ¡Y para esto he andado yo trescientas leguas, para meterme en este tenebroso basurero? Reniego de París, reniego y me arrepiento de mi resolución.

“*Hotel royal des messageries.*” Hola, aquí es donde haremos alto... ¡Qué confusión! ¡cuántos coches y diligencias en el patio! Aquel que descarga allí viene de Bruselas; el otro de Viena; el de mas allá de Berlin; pero ¡qué quieren estos hombres que me cercan, me acosan, y me hacen mil reverencias...? ¡ay que el uno se lleva mis baules, otro mi maleta, otro mi sombrerera y mi saco! ¡que los meten en aquel coche...! ¡qué es esto, dónde me llevan ustedes? — *Entrez Monsieur.* — Pues señor, héme aquí trasegado con todos mis efectos á un coche de ciudad; ¡pero adónde nos dirigiremos? veamos las papeletas de los *hotels* que me han dado estos hombres... escojamos. — “Conductor, al *hotel de... Rue Richelieu.*” — “Estamos en él.”

El que vaya á juzgar de lo que en París se llama un *hotel* por lo que en Madrid llamamos una fonda ó casa de posadas, desde luego puede estar convencido de que se equivoca de medio á medio. En una capital como aquella, donde van á reunirse constantemente lo mas escogido y brillante de la poblacion de Europa, donde los potentados y aun los reyes llegan de incógnito confundiendo con la inmensa multitud, donde no hay clase de aliciente y de comodidad que no se ponga en uso para fijar todo lo posible esta poblacion móvil de viajeros que tanto beneficio dejan al comercio y á la industria, puede desde luego concebirse que las mansiones dedicadas á recibirlos y hospedarlos reunirán cuantos agrados pueden imaginarse para hacerles mas grata su permanencia. Así es la verdad; los primeros edificios particulares de París, los magníficos palacios de la antigua nobleza, han sido convertidos en *hotels* por el espíritu de especulacion. Añádase á esto la elegancia y primor del mueblage de las habitaciones, el esmero y aseo en el servicio, el orden admirable en el régimen interior de aquellas casas, donde cada uno llega á dudar si está solo, y si solo para él se prodigan aquellos cuidados, y nadie estrañará la facilidad con que de este modo se identifica muy pronto el forastero con una vida en que no puede echar de menos las comodidades de su propia casa.

Héme aqui instalado en mi habitacion pari-

sien, con mi chimenea, con su espejo incrustado en la pared, mi cama, mi cómoda ó *secretaire*, mi velador, mis sillones, mi reloj y mis candeleros y campanillas: ¡cuán grato es aquel primer momento en que uno entregado á sí mismo, y descansando de las fatigas de tan largo viaje, no teme ya que nadie le moleste, y volviendo agradablemente la vista á los objetos que le rodean, les escucha aunque mudos decirle todos "Estás en París."

Pero no dura largo tiempo este reposo. La puerta se entreabre respetuosamente.—Es el criado conductor (*Domestique de place*), que viene á ofrecer sus importantes ausilios sirviéndoos de guia en el laberinto de París: para él no hay secretos, ni puerta cerrada en la ciudad; los museos y bibliotecas, los jardines y paseos, los monumentos públicos, los establecimientos particulares de todos géneros, todo lo conoce prácticamente, y de paso que os lo enseña os repetirá la historia de cada uno, su fundacion, sus vicisitudes y progresos; este personage, digno de la pluma de *Scribe*, es un tipo original de París, es París mismo, que os habla, que os enseña sus tesoros, como una coqueta que gusta de ostentar sus perfecciones, es la clave de aquella cifra, la luz de aquella linterna, el maese Pedro de aquel retablo. — No lejos de él viene á ofrecerse á vuestras órdenes el cochero del hotel, que os brinda con su cabriolé á *dos francos por hora*; este os hace aprovechar los

momentos, y en caso necesario os sirve tambien de *cicerone*; pero su jurisdiccion no se estiende mas allá de las fachadas y de los patios de los edificios. — Luego viene el barbero con su cajita llena de unguentos y cosméticos para todos los males conocidos, y os afeita y os peina al mismo tiempo, y os perfuma y barniza de pies á cabeza, siempre amenizándolo con las novedades del dia, y envidiando la guitarra y la alegría de los *figaros* españoles. — Despues se acerca con mil cortesías y muecas la planchadora de la casa, con su pañolito graciosamente prendido en la cabeza y su delantal, su zapatito ajustado, y sus sortijas de *souvenir*; luego entran las fantásticas targetas de *adresses* (señas) de los sombrereros, peluqueros, casas de baños, restauradores, y gabinetes de lectura de todo el cuartel; y por último teneis que sufrir la inevitable visita del sastre del hotel, el mas cansado de todos aquellos solícitos servidores, el cual abrirá vuestros baules, los reconocerá de arriba á bajo, y mirará vuestros trages con una sonrisa compasiva; despues, dirigiéndose á vos con un aire solemne, exclamará: — “Monsieur, mucho me aflije el tener que decíroslo, pero vuestro guarda-ropa necesita *incesantemente* una rehabilitacion completa, con arreglo á los adelantamientos del siglo.” — Y tú, pobre viajero, que habias pensado sorprender á aquel práctico con la manifestacion de tu elegancia y buen gusto, tienes que sufrir semejante sarcasmo, y ponerte en

sus manos á riesgo de pasar por un antípoda.

Ya, en fin, se acabaron las visitas y el tocador; ya he reconocido detenidamente el plano de París para medir el grado de latitud á que me encuentro; ya he metido en mi bolsillo *la verdadera guia parisien*; por hoy no quiero ni cabriolés, ni ciccerones, ni amigo conductor; quiero saborear por mí solo mis primeras impresiones; vamos pues á la calle. ¿Pero adónde dirigiré mis pasos? ¿iré á ver los edificios públicos, las Tullerías, el Louvre, la Bolsa, la Magdalena, la Columna ó el Panteon? ¿preferiré los paseos? ¿recorreré los *Boulevarts* ó el *Palais royal*? Sigamos, pues, sin dirigirle el impulso de mis pies, y entreguémonos al numen tutelar que sin duda debe haber para los recién llegados á esta Babilonia.

¿Has reparado acaso, benévolo lector, en uno de tus chiquillos (si los tienes) metido en días de feria en una tienda de tiroleses, en el momento en que tú, deseoso de proporcionarle aquella dicha, le dices que escoja entre todos los objetos que el experimentado vendedor le muestra profusamente? Pues hé aquí la *vera efigies* de un forastero en su primer salida por las curiosas calles de aquella capital. Mírale correr precipitado de un objeto á otro sin entenderlos ni clasificarlos en su memoria, pararse de pronto, y volver á desandar lo andado; y que tan pronto llama su atencion un magnífico templo, como la muestra de un peluquero; el prolongado faeton *omnibus*, como el brillante aparato

digestible de una pastelería; las caricaturas de Boily que cubren los cristales de una estamperia, como la elegante y agraciada *limonadiere* que regenta el mostrador de un café; que se rie en la cara á su sansimoniano con su traje fantástico, y por poco se ve atropellado por un cabriolé por volver á mirar el gracioso talle de una *griseta* que va á llevar los vestidos á las parroquianas; que luego sube en un *omnibus* para dejarse conducir por ocho cuartos sin saber adónde, y en seguida se apea y vuelve atras, y entra en una tienda de guantes, y compra varios pares sin necesidad, por solo tener el gusto de entablar conversacion con las muchachas del almacen; y mas allá se le antoja una estampa, y luego una sortija, y despues un libro, y mas arriba una caja de música, y mas abajo una máquina para afeitarse sin navajas y sin jabon, ó para escribir sin pluma, ni tinta, ni lapiz, ni papel, ni manos, ni cabeza; entre tanto recibe con agrado las innumerables targetas que le entregan por las calles con las señas de todos los almacenes y establecimientos públicos; y luego compra en el *Puente nuevo* una cadena *casi de oro* por cinco reales, y despues recibe de una vieja un calendario y un paquete de cerillas fosfóricas, á cambio de una limosna vergonzantemente demandada; y al mismo tiempo come sin pararse *des petits patés á deux sous*, ó bebe una taza de caldo en algun establecimiento á la holandesa, y luego se detiene un momento á recorrer los periódicos en

un gabinete de lectura, ó para ver las habilidades de los monos *Mma. Angot y Mr. Leprice*, y despues sube á las torres de *nuestra Señora*, y desde alli quiere bajar á las *Catacumbas*, y saliendo del bullicio de la Bolsa, corre al silencio sepulcral del jardin del padre *Lachaise*.

Pero hay entre todos estos un momento verdaderamente solemne y magnífico, y este es aquel en que por primera vez se introduce el forastero en las brillantes galerías del *Palais Royal*. He viajado bastante, y deseoso de aprovechar las gratas sensaciones que proporcionan los objetos nuevos y extraordinarios, he solido verlos con el entusiasmo de una imaginacion apasionada; pero ninguno, lo confieso con franqueza, me ha causado impresion tan profunda y agradable como el interior del gran jardin del Palacio Real. Si he de decir la verdad, hasta París no habia encontrado aquella Francia que yo me figuraba: pues bien, ahora debo añadir que solo en el Palacio Real encontraba el París objeto de los ensueños de mi fantasía.

Los que han tenido el placer de contemplar aquel bullicioso recinto, no encontrarán ecsagerada esta observacion; á los que no, toda descripcion sería inútil y cansada. Baste decirles que en él viene á reunirse todo lo que una poblacion numerosa, activa y brillante puede ofrecer de interes en las artes, la industria y el comercio; todos los halagos y comodidades de la ecsistencia, todos

los encantos de la imaginacion y de los sentidos; infinitud de almacenes magníficos surtidos de todos los objetos de lujo y de necesidad; teatros, cafés, fondas, gabinetes de lectura, y espectáculos de todos jéneros; y animado todo ello por una concurrencia tan numerosa, por una brillantez de decoracion exterior tal, que es para constituir en un verdadero encanto al que por primera vez llega á contemplar tan animado cuadro.

Yo me hallaba precisamente en este estado; pero mi estómago, mas positivo aun que mi cabeza, vino á sacarme bruscamente de él, recordándome caritativamente que hacia seis horas que le habia abandonado. Llegaba en aquel momento delante de la puerta del famoso restaurador *Very*, y en ninguna ocasion podia avisarme tan á tiempo. Tuve, pues, que transigir con su justa exigencia y entrar en aquella suculenta mansion.

Tambien se llevan otro chasco los que sin haber visitado á París calculen de los llamados *restauradores* en aquella capital por los conocidos por *fondistas* en la nuestra; los que crean que hay algo de semejante entre los *Dos amigos* y *Rocher de cancale*, entre la *Fontana* y *Les freres provencaux*. Se ha dicho no sin razon que para saber lo que es el placer de una buena mesa es menester ir á París; con efecto, el mas delicado gastrónomo no tiene alli la menor queja; y para edificacion de los madrileños, que nos solemos contentar con nuestra olla y nuestros míseros guisados, conven-

dria reimprimir cualquiera de los abultados volúmenes (no listas) de artículos, que las mesas parisienses ofrecen al feliz consumidor. De aquí la voga de tales establecimientos, que no solamente están en posesion de servir á todos los forasteros, sino á una gran parte de la poblacion fija de aquella capital. Su elegancia por otro lado, la limpieza y esmero en el servicio, la profusion de vajillas y cristalería, la magnífica iluminacion de gas, la combinada escala de precios desde los mas ínfimos hasta los mas inauditos, el placer sensual que dejan adivinar los animados rostros de toda la concurrencia, son cosas tales que en vano pretenderia yo aquí ni tan solo delinearlas.

La casualidad me hizo encontrarme allí con mi compañero de viaje, y de quien me habia separado aquella mañana á mi llegada á París; y como práctico de otras veces en aquella capital, gustó hacer un ecsamen de mis primeros pasos en aquel pueblo, dándome de camino algunos avisos que no me fueron perdidos para en adelante. Acabada la comida, y teniendo á la vista el *Entreeacte* y el *Vert-vert*, periódicos de *teatros*, estuvimos largo tiempo ocupados en resolver la cuestion de á cuál daríamos la preferencia. ¡Ay que no era nada! Uno, dos, tres, cinco, diez, veinte, treinta y cuatro espectáculos teníamos adonde escoger ¡Y qué espectáculos? *Roberto el Diablo*, *I Puritani*, *El misantropo*, *Ifigenia*, *Lucrecia Borgia*, *El arte de conspirar*, *La torre de Nesle*,

El diablo en Sevilla, El hombre del siglo..., Mayerbeer, Bellini, Moliere, Racine, Victor Hugo, Scribe, Dumas, Gomis, todos ofreciéndonos á porfía el fruto de sus talentos, y por bocas tales como las de *Mlle. Mars, Fay, Mrs. Ligier, Joanny, Samson, Rubini, Tamburini, Ybanoof, La Grisi, y la Unguer...* y esto sin contar otro sin número de diversiones mas *vergonzantes*, bailes públicos, campestres y cortesanos, altos y bajos, descarados y con careta, *Campos eliseos, Idalia, Tivoli, Vauxall, Frascati, el Prado y el Retiro*; conciertos franceses, ingleses, rusos, italianos, alemanes, y de Indios del Malabar; figuras representantes, fantasmagoría, sombras chinescas, pájaros militares, pulgas maravillosas, perros sapientes, arlequines, monos, y volatineros...

Pero era el primer día que yo estaba en París y me hallaba en el Palacio Real: creí, pues, de mi deber no salir de él y tributar aquella noche al primer teatro francés, al teatro de Racine y de Corneille. Reuníase casualmente en él una circunstancia favorable. La célebre actriz Mars, viniendo de las provincias, salía á ejecutar el papel de *Celimene* en el *Misántropo*... Confieso francamente que al contemplar su admirable inteligencia y el decoro escénico de aquel templo digno de las musas, no pude menos de volver á lanzar un suspiro que por fuerza debió de oirse en las calles del Príncipe y de la Cruz de Madrid.

Pero aun no quise concluir aquí las gratas sen-

saciones de aquel día; comuniquéle á mi compañero el pensamiento, y marchamos ambos con direccion á la *Academia real de música*, donde á la sazón se hallaban cantando el *Roberto el Diablo*, de Mayerbeer. Al llegar aquí, al escuchar aquellos filosóficos y sublimes acentos, en el primer teatro del mundo, y realizados por una admirable ejecucion y por un aparato de que solo viéndolo puede formarse idea, al ver el mágico vuelo de *Mlle. Tallioni*, y demas comparsa aérea, al considerar que despues de esto todo me habia de parecer inferior, y sacarme del éxtasis dulce en que me hallaba, tomé acabada la ópera el camino de mi posada, sin hacer alto en el bullicio de los coches, sin hacer parada por aquella noche en el café de *Tortoní* ni en el *Inglés*, sin apenas reparar en la larga procesion de *seducciones emplumadas* que á tales horas detienen cariñosamente al forastero, sin acordarme, en fin, de que estaba en París ni de mis proyectos para el siguiente día, reconcentrándome completamente en el actual, hasta que me quedé dormido en aquel dichoso término que media entre la grata posesion de lo presente y las esperanzas aun mas gratas del porvenir.



El duelo se despide en la iglesia.



I.

«Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos
en este mundo traidor,
que aun primero que muramos
las perdemos.»

Jorje Manrique.

Solamente otra vez en mi vida me he visto tan apurado... pero entonces se trataba de un padrino de boda que la suerte y mi genio complaciente habíanme deparado: bastaba para quedar bien en semejante ocasion dar rienda suelta á la lengua y al bolsillo, y reir y charlar, y hacer piruetas, y engullir dulces, y echar pullas á los novios, y cantar epitalamios, y disparar rondallas, y llenar de simones la calle, y dar dentera á la vecindad; mas ahora ¡qué diferencia...! otros deberes mas serios eran los que escigia de mí la amistad... ¡Funesto privilegio de los años, que blanqueando mi cabellera han impreso en mí